

José-Carlos
Mainer

RBA

Falange y literatura



© José-Carlos Mainer, 2013.

© de esta edición digital: RBA Libros, S.A., 2015.

Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.

www.rbalibros.com

CÓDIGO SAP: OEBO824

ISBN: 9788490565797

Composición digital: Newcomlab, S.L.L.

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Todos los derechos reservados.

Índice

DEDICATORIA NOTA PRELIMINAR A LA SEGUNDA EDICIÓN INTRODUCCIÓN. HISTORIA LITERARIA DE UNA VOCA- CIÓN POLÍTICA (1920-1956)

BIBLIOGRAFÍA

Para una bibliografía primaria de los autores de la Antología

ANTOLOGÍA

LOS PRECURSORES

Luis Santa Marina. Tras el águila del César
Ernesto Giménez Caballero
Rafael Sánchez Mazas. La revolución a paso gentil
Guillén Salaya. El diálogo de las pistolas
Ernesto Giménez Caballero. Genio de España

2. MEMORIAS GENERACIONALES

Samuel Ros. El hombre de los medios abrazos
Agustín de Foxá Madrid, de Corte a checa
Rafael García Serrano. Eugenio o proclamación de la primavera
Rafael García Serrano. Historia de una esquina
José María Fontana tarrats. Los catalanes en la guerra de España

3. LA GUERRA Y LOS HÉROES

Rafael García Serrano. La fiel infantería
Felipe Ximénez de Sandoval. Camisa azul
Víctor de la Serna. Elogio de la alegre retaguardia
Víctor de la Serna. En la muga de Europa
Ernesto Giménez Caballero. ¡Hay Pirineos!

4. CRISIS

José María Alfaro. Leoncio Pancorbo
Gonzalo Torrente Ballester. Javier Mariño
Ismael Herráiz. Italia fuera de combate
Dionisio Ridruejo. Cuadernos de la campaña de Rusia
Dionisio Ridruejo. Umbral de la madurez
Luis Santa Marina. Años después

5. NUEVOS CAMINOS PARA EL ARTE

Eugenio D'ors À quoi revent les jeunes gens?

Ernesto Giménez Caballero Arte y Estado
Gonzalo Torrente Ballester Razón y ser de la dramática futura
Luis Felipe Vivanco El arte humano
Federico Sopena Notas sobre la música contemporánea

6. LA NOSTALGIA DE LA HISTORIA

Antonio Tovar. En el primer giro
Eugenio Montes. El viajero y su sombra
Münster de Westfalia, tumba española
Despertar de primavera
Víctor de la Serna. Castilla ha cumplido mil años
Luis Rosales y Luis Felipe Vivanco. La mejor reina de España

7. LA NOSTALGIA BURGUESA

Agustín de Foxá Poemas románticos
Rafael Sánchez Mazas. Rosa Krüger
Rafael Sánchez Mazas. Museo de las familias (1890)
Pedro Mourlane Michelena. Arte de repensar los lugares comunes
Julián Ayesta. Relatos
[II] Helena o el mar del verano

8. LOS CAMINOS DEL HUMOR Y LA FANTASÍA

Antonio de Obregón. Hermes en la vía pública
Jacinto Miquel Arena. Don Adolfo el libertino
Agustín de Foxá. Viaje a los Efímeros
Alvaro Cunqueiro. La historia del caballero Rafael
Ángel María Pascual. Amadís

JOSÉ-CARLOS MAINER FALANGE Y LITERATURA

NOTAS

PARA LOLA, DE NUEVO

NOTA PRELIMINAR A LA SEGUNDA EDICIÓN

La primera edición de *Falange y literatura* apareció en el lejano año de 1971 en el marco de la colección Textos Hispánicos Modernos (de la desaparecida editorial Labor), que había creado y dirigía Francisco Rico. Fue mi primer trabajo de algún vuelo y tuvo una difusión significativa, además de suscitar numerosas reseñas, una —inolvidable para mí— de Dionisio Ridruejo en *Destino*, que más tarde se integró en su libro póstumo *Sombras y bultos* (1983). Se la agradecí en una carta, que ahora veo publicada por Jordi Gracia en el epistolario *El valor de la disidencia* (que más de una vez he de citar en las páginas que siguen), y quizá su lectura pueda orientar al lector sobre mis propósitos de entonces al escribir aquel volumen.

Nunca quise reimprimirlo, ni revisarlo, aunque tuve después de 1975 bastantes ofrecimientos al propósito. Pero el tiempo iba trayendo nueva, importante y alguna vez disuasoria bibliografía sobre los temas que trataba y, por otro lado, el clima político de la Transición envejeció en seguida las cautelas que esta obra tuvo que tomar y, sobre todo, dató buena parte de mi análisis del fascismo como ideología. Cuando prologué en 2003, a petición de sus autores, el ameno e informado volumen de Mónica y Pablo Carbajosa, *La corte literaria de José Antonio*, formalicé este compromiso personal de no volver sobre los pasos de 1971, a la vista de aquel libro y de otro coetáneo de Mechthild Al-

bert, *Vanguardistas de camisa azul*, ambos excelentes. Pero ahora, diez años después, aquella promesa podía darse por prescrita y ya no supe resistir la sugerencia de sus nuevos editores.

Releer un libro escrito hace más de cuarenta años por quien entonces tenía veinticinco siempre es una experiencia ingrata y algo masoquista. Era ya sabedor de algún olvido, error o confusión lamentables (no sé si el pintor Álvaro Delgado me ha perdonado que le confundiera con su casi homónimo Teodoro, ilustrador de *Vértice*). Todo esto tenía remedio, pero mucho más difícil era que el libro perdiera el tono de impertinencia autosuficiente y la mezcla indigesta de la benevolencia con respecto al falangismo, en nombre de la buena fe de algunos falangistas, y de un análisis demasiado convencional —aunque, por supuesto, condenatorio— de los intereses de los otros vencedores de la guerra civil, todo ello manufacturado por añadidura en una terminología que, a menudo, resultaba delatoramente sesentayochesca.

Este es otro libro y también el mismo. La nueva redacción, mucho más extensa, no ha dejado línea sin ampliación ni dogmatismo sin atenuante y responde al desarrollo de mi visión de los hechos, que supongo más madura y matizada, como ya creo que podía advertirse en los numerosos trabajos de detalle sobre el tema que publiqué en fechas posteriores; algunos se verán citados en su lugar de las notas al prólogo. Sin embargo, mantengo el esqueleto de la introducción de 1971 y, por tanto, el establecimiento de los antecedentes y las etapas de la historia intelectual del fascismo español. También hago lo mismo en cuanto a la or-

ganización de la antología de textos que fue, quizá, la aportación más original de *Falange y literatura*. Me propuse esbozar el paisaje de temas, actitudes y refugios que definen una experiencia fascista y, en esta nueva salida, se han incorporado más escritos, pero lo cierto es que la inmensa mayoría de las inclusiones de ahora habían sido desestimadas por razón de espacio y, sobre todo, de cautela política en la fecha de la primera redacción.

La bibliografía (que entonces era tan escasa) ha adoptado una nueva disposición y he suprimido las breves semblanzas finales de los autores seleccionados. He preferido que aquellos datos biográficos (que hoy son más accesibles que entonces para el lector interesado) se diluyan en la introducción y, sobre todo, en las consideraciones que preceden a los apartados de la parte antológica. Ahora estas han ganado mucho en extensión y se han incluido valoraciones literarias más desarrolladas, que así contrapesan los datos ideológico-políticos de la introducción.

Una vez más, debo agradecer a su primer editor, Francisco Rico, la existencia de *Falange y literatura*, que fue una idea suya, formulada a la vista de algunos trabajos míos previos. A los amigos que me pidieron reimprimirlo —entre los que cuento a Juan Manuel Bonet, Ferran Gallego, Jordi Gracia, Domingo Ródenas de Moya y Andrés Trapiello— les debo gratitud por su generosa insistencia, lo mismo que a Manel Martos, su nuevo editor. Ojalá esta nueva versión esté a la altura de tanta confianza, de tanto afecto y del sello editorial que ahora acoge sus páginas.

INTRODUCCIÓN

HISTORIA LITERARIA DE UNA VOCACIÓN POLÍTICA
(1920-1956)

Si las juventudes están disconformes con lo que encuentran, no tienen necesidad de justificar con muchas razones su actitud. No tienen que explicar la disconformidad, tarea que absorbería su juventud entera y las incapacitaría para la misión activa y creadora que les es propia.

RAMIRO LEDESMA RAMOS,
Discurso a las juventudes de España

Frente al *homo oeconomicus* del marxismo, nosotros afirmamos que el hombre vive de todo menos de pan... A las masas, como a las mujeres, hay que ofrecerles fiestas, guerras, pasiones, botines, torbellinos, indecibles embriagueces.

ERNESTO GIMÉNEZ CABALLERO,
Los secretos de la Falange

Y volverá Fray Juan de la Cruz a cantar y el maestro Vitoria a regir y se llenarán los claustros de estudiantes y las ventas de caballeros y los caminos de poetas, y un día, bajo el sol de oro de la nueva historia, ante el pasmo del Mundo, volverá Don Quijote a su locura de enhebrar estrellas, de estrellar rufianes con su lanza y de batir monstruos, castillos y rebaños por el honor de una dama: ¡Nuestra Señora España!

FERMÍN YZURDIAGA,
Discurso al silencio y voz de la Falange

¡Qué asco da no saber nada cuando se tiene tanto corazón!

RAFAEL GARCÍA SERRANO,

La fiel infantería

SOBRE EL FASCISMO

Los exergos de la página precedente permiten comprobar que —en cuestión de fascismo— cada loco va con su tema. Pero que la locura de fondo es idéntica: antes que nada, todos los autores hablan de sí mismos. Y esa dimensión *privada*, psicológica, de *revelación* y *fe*, es la que se va considerar de preferencia en estas páginas. El fascismo fue una patología internacional de la conciencia política que, desde hace bastantes años, nos parece venturosamente lejana del primer plano de la vida civil. A la fecha, sus herederos más genuinos son *masas de acoso* a las que aglutina la vivencia de alguna pasión deportiva o grupúsculos políticos de signo fundamentalmente racista y *antisistema*, que se remiten con cautelas al fascismo de ayer. Aunque también cuenten lo suyo movimientos de carácter popular e incluso de aire izquierdista, signados por el fundamentalismo ideológico y la intransigencia, tan propicios a la automitificación nacional como al culto a la personalidad de los líderes. Tuvieron importancia en América Latina desde los lejanos años treinta, donde fueron versiones más o menos exóticas del fascismo europeo, pero los de hoy jamás se reconocerían como herederos del este, e incluso a menudo se proclamarían virtuosamente antifascistas. Y es que seguramente obedecen a otras consecuencias del gregarismo hoy imperante, favorecido por los medios de difusión que están al alcance de las *religiones políticas* al uso. El *fascismo histórico* como fe-

nómeno cultural —que ha de ser nuestro tema— fue una importante zona (aunque errónea) de la modernidad y tanto su pedigrí intelectual como su desarrollo fueron cosa bastante más compleja.

En los años que van de 1918 hasta el decenio de 1960, sus encarnaciones ideológicas y culturales fascinaron a muchos y sus huellas están, más o menos bien disimuladas, en la prehistoria de la conciencia de numerosos políticos, pensadores y artistas ilustres. No es tan frecuente que lo estén en su edad madura, lo que añade un elemento de interés a su etiología. Logró colonizar aquellos ámbitos personales porque contaba con muchas ventajas a su favor: se presentaba como un impulso tan irracional como imperativo, o como una revelación del destino, por lo que nunca fue un modelo rígido sino plural y hasta contradictorio; centró su atención en lo elemental y espontáneo (las patrias, la camaradería, los enemigos fácilmente discernibles) y afectó desdeñar por igual lo que tenía a su derecha y a su izquierda políticas, lo uno por arcaico y egoísta, lo otro por materialista y mezquino. Y al ofrecerse como un ideal colectivo de redención y como la iluminación de la vida personal, podía por igual suministrar soluciones a los individualistas y a los colectivistas.

Es obligado asociar el nacimiento del fascismo a la pavorosa crisis que surgió de la guerra de 1914. Fue, en efecto, el resultado de la humillación política de una Alemania perdedora, víctima de la revuelta social y del empobrecimiento causado por la inflación, y tuvo como fermento el desconcierto de Italia, discutible vencedora en 1918 y no menos irritada por las escasas rentas de un triunfo que le había re-

sultado tan costoso. Pero tampoco debe olvidarse que los últimos meses de la guerra registraron en todos los países contendientes numerosos motines de soldados y marineros, deserciones en los frentes de batalla, huelgas laborales y dos revoluciones callejeras en la retaguardia (en Viena y Berlín, capitales de los Imperios Centrales). Y esto provocó mucho miedo y un renovado fervor por el orden. La pérdida de tantas vidas en las trincheras reveló la miseria de la vida política, la vana retórica de los belicistas, la incompetencia de los jefes militares y la convicción de que los lucros del capitalismo se habían incrementado al calor de los combates. Y en todas partes, se puso en primer plano un deseo de certezas y a veces, como posibles nuncios de aquellas, se idealizó a los abnegados excombatientes. Con la misma fuerza, se evidenció también el temor a la revolución comunista de 1917: el fascismo tuvo mucho de un anticomunismo más expeditivo y resuelto que el de los viejos partidos agrarios o el de los grupos cristianos más conservadores. La represión de las revueltas espartaquistas en Alemania y el miedo a los consejos de fábrica en el norte de Italia hicieron que la burguesía y las clases medias apoyaran las precoces manifestaciones del fascismo, pero también sucedió lo mismo en el oriente de Europa, primera línea de la guerra contra la presunta amenaza soviética. Las dictaduras preventivas que surgieron en muchos países y los partidos nacionalistas que encuadraron a los pequeños propietarios y a los empleados experimentaron un rápido proceso de fascistización que fue irreversible cuando la crisis económica de 1929 lo alteró todo y había ya un activo modelo —la

Italia de Mussolini, desde la triunfante *Marcia su Roma*, de octubre de 1922— en el que mirarse con envidia.

No obstante, la primera genealogía del fascismo fue anterior a la conmoción de la guerra de 1914. Los nacionalismos despechados que lo alentaron venían de atrás y el francés, por ejemplo, había desarrollado iconos, referencias e ideas mucho más elaborados y populares que los del alemán y los del italiano, pese a lo cual Francia nunca conoció un fascismo unitario y fuerte como el de los otros dos países. Desde la década de 1880, la iconoclastia de la prensa radical, la emergencia del poder *intelectual* y la proliferación de partidos políticos movilizaron a los descontentos y anunciaron eficazmente el paso a sociedades más abiertas y discutidoras, en un tono invadido por la demagogia, las amenazas y las sospechas de conspiración que fueron el caldo de cultivo de los autoritarismos populistas. Allí circularon muchas fáciles coartadas ideológicas que el futuro fascismo hizo suyas; entre ellas, destacaron la frustración de las ambiciones colonialistas nacionales y el desarrollo del antisemitismo, aireada la primera como una culpa más de la oligarquía dominante y el segundo como una denuncia de los parásitos inveterados de la vida económica, ajenos al verdadero tejido biológico de las sociedades.

Es cierto que los futuros fascistas aborrecieron el siglo XIX, al que tildaron de hipócrita y sentimental (ambas cosas eran para ellos sinónimos de liberal), pero heredaron de él mucho más de lo que podían llegar a pensar. Tras centuria y media de humorismo y caricatura políticos, la difusión del fascismo usó ampliamente de estos vehículos de descalificación de sus enemigos, quizá por sus afanes destructivos y

lo muy personalizado de sus enconos, quizá también porque el humorismo moderno había transparentado una reacción de inseguridad ante el mundo y, en el fondo, muchos de los humoristas más feroces han sido de derechas. Los fascistas lo eran, aunque no lo admitieran, y conocían muy bien el acre sabor de la inseguridad. Del siglo antepasado vino también la afición por lo esotérico, como sustituto de la religión, que tanta importancia tuvo en los fascismos, y la tendencia al irracionalismo, al vitalismo y a la cerril masculinidad como fuentes superiores de la moral. Y es que, sobre todo, del XIX romántico llegó hasta ellos la exaltación de lo juvenil, del macho joven. Paulatinamente, la juventud se identificó con la generosidad y la entrega pero también con el sacrificio heroico y, por ende, con los cultos a la muerte y a la obediencia ciega al liderazgo tribal, que habrían de caracterizar —tras la experiencia de la guerra europea— uno de los periodos más sombríos de la historia de nuestro continente. Aunque también conviene recordar aquí que, tanto las bohemias intelectuales de fin del siglo XIX como los movimientos artísticos que vindicaron para sí el nombre militar de *vanguardia*, defendieron la insolencia, la provocación y la rebeldía como derechos del creador y como manifestación del clima estimulante e iconoclasta de la modernidad.

EL FASCISMO EN ESPAÑA: PRIMEROS SÍNTOMAS

El análisis de los fascismos presenta dosificaciones muy diversas de estos ingredientes. Antes que nada, aquellos mo-